

Letras
Orureñas

Julián Céspedes Rivera

Julián Céspedes Rivera (1888 - ?). Abogado, periodista, geógrafo y escritor. Fundador del periódico "El Comercio" de Bolivia (1908) y "El Liberal" (1930). Redactor del Senado Nacional en 1916, Inspector de Educación Pública. Miembro de Honor de la Sociedad Geográfica de Bolivia. Género: Teatro, Novela, Ciencias Sociales. Crítica. Ha publicado; Geografía de Bolivia (1908); Problemas Sociales. Pedagogía Nacional. Legislación Obrera (1911). Barroquismos Literarios (1914). Lo que pasa en la Redacción de un Diario (Escenas íntimas), Comedia en tres actos (1918). El Oro Negro (novela). (1921). Obra dedicada "Al notable industrial boliviano Simón Patiño... (Portada) realizada por el destacado pintor y dibujante ecuatoriano Luis Toro Moreno.



El oro negro

(Fragmento del capítulo inicial)

Un entusiasmo febril se había apoderado de los habitantes de Oruro, con la noticia del alza exagerada de un metal abundantemente distribuido en los cerros que circundan la ciudad y las cordilleras inmediatas.

En las vitrinas de las casas comerciales y en las columnas de la prensa, exhibíase avisos tentadores, ofreciendo buenos jornales a los trabajadores mineros. Circulaban volantes llamativos por todas las calles de la ciudad, en los cuales se leía en gruesos caracteres lo siguiente: "Para los trabajos mineros de Tarumita, se necesita urgentemente un mil obreros. El clima es templado, la pulpería abundante y barata. Se paga buenos jornales y se anticipa dinero para el viaje. Referencias en la tienda comercial "La Sultana".

La población minera de Oruro, alucinada con tan tentadores anuncios, acudía presurosa a la tienda comercial "La Sultana", con objeto de inquirir mayores datos y averiguar por los jornales ofrecidos. Muchos hacían inscribir sus nombres en la Agencia y firmaban los compromisos respectivos con intervención de la policía, recibiendo algún anticipo para hacer el viaje a las minas de Taramita, muy próximas a la ciudad de Oruro.

Interminables caravanas de obreros seguidos de sus mujeres y de sus hijos, marchaban rumbo a Tarumita, llevando algunos trastes viejos a cuestas y con ansias de llegar al mineral anunciado, donde creían mejorar su condición económica y acumular algunos ahorros para volver al terruño.

En medio de ese conjunto de harapientos y tiznados, caminaba silencioso y cabizbajo, un muchacho de regular estatura y de facciones simpáticas, Antonio Saldaña -que es el nombre

de nuestro protagonista- contaba, al parecer, 15 años de edad, y no tenía más equipaje que una frazada y un pequeño canasto de provisiones.

Al cerrar la tarde de un día caluroso del mes de agosto, llegó Antonio a los minerales de Tarumita, juntamente con varios trabajadores reenganchados. Encaminose a la casa administración, para presentar su papeleta de contratación de servicios, en calidad de simple peón.

Muy cerca del pueblo de Caracollo estaban las minas de Tarumita. Una cadena de cerros corpulentos y elevados, cubiertos de pajonales enclenques, donde el viento silbaba canciones extrañas, ocupaban las minas de Tarumita, de fama muy celebrada en toda la República de Bolivia. De pueblos lejanos y próximos acudía un respetable contingente de trabajadores, atraído por la oferta de buenos jornales y los anticipos de dinero, que con toda prodigalidad hacían los agentes de la empresa minera.

En las proximidades de la mina estaban diseminadas las miserables casuchas de los trabajadores, en cuyo interior vivían en un hacinamiento peligroso, individuos de diferente edad y sexo.

A una de esas viviendas fue a pedir hospitalidad el nuevo trabajador. Una larga caminata de diez horas seguidas le había producido fatiga y anhelaba un descanso reparador para entregarse al día siguiente al comienzo de sus tareas mineras, no desconocidas para él, que, desde la edad de 7 años, trajinaba los parajes más peligrosos y profundos de las minas de Oruro.

Gentes extrañas recibieron con frialdad la visita de Antonio, quien, agobiado por su penoso viaje de todo el día, apenas si tenía aliento para ocupar un rincón de la cocina, en cuyo interior había una humareda densa, casi insostenible.

Después de las seis de la tarde llegaron los obreros que habitaban aquella casucha. Eran tres barreteros de recia musculatura, con las caras ennegrecidas y los vestidos mugrientos y

raídos, los trabajadores que la ocupan. Llegaban contentos y sonrientes, porque acababan de recibir el pago de la quincena y tenían fondos disponibles para satisfacer todas sus exigencias.

Nicolás, que era el jefe de la casa, había ganado en aquella quincena sesenta pesos bolivianos, descontados que fueron los anticipos hechos en la pulpería. Sus otros camaradas tenían una ganancia más o menos igual, y gozaban también del mismo entusiasmo de Nicolás. Estaban provistos de varias cajas de sardinas, pan y dos botellas del rico Singani, provisiones destinadas a celebrar el buen éxito de los trabajos.

Ante la presencia de aquel nuevo huésped no manifestaron impresión alguna. Estaban acostumbrados a recibir frecuentemente visitas de esa naturaleza y no dieron importancia a la llegada de aquel muchacho, por cuya fisonomía, pálida y enfermiza, pasearon sus miradas indolentes, como si se tratara de algún objeto insignificante.

Con manos nerviosas e impacientes abrieron las cajas de sardinas. Vaciaron su contenido en un plato de barro cocido y comenzaron a engullirlo rápidamente, con grandes trozos de pan. En seguida descorcharon las botellas del aromático Singani y lo bebieron en medio de animada conversación, en la cual reinaba el más franco compañerismo.

Pocos minutos después llegó Dorotea, esposa de Nicolás. Traía en un canasto abundantes provisiones obtenidas en calidad de anticipo de trabajo de los almacenes de la pulpería. Era Dorotea, una mujer de aspecto agradable y no mayor de 30 años.

Antonio la miró con la misma indiferencia a la que estaba acostumbrado. Subía que un recién llegado era un estorbo mas que hacinaba el alma de los otros; buscó un espacio para descansar y junto a su pequeño canasto de provisiones y su silencio, se durmió.